

Mejías-López, Alejandro. *The Inverted Conquest. The Myth of Modernity and the Transatlantic Onset of Modernism.*
Vanderbilt University Press, 2009.
Print. 248 pp.

JORGE CAMACHO
UNIVERSITY OF SOUTH CAROLINA-COLUMBIA

Para nadie es un secreto que después de casi un siglo de independencia, las antiguas colonias hispanoamericanas seguían dependiendo de los preceptos literarios de la antigua metrópoli española, que Zorrilla, Campoamor, Espronceda y tantos otros seguían siendo las figuras literarias más influyentes en este lado del Atlántico. Pero ese no sería más el caso a finales del siglo XIX, cuando una brillante generación de escritores con Rubén Darío a la cabeza, cambió la antigua relación de dependencia con España y al hacerlo, cambió también la lengua, el estilo y la forma de pensar de muchos de sus colegas españoles. Los centros de enunciación de esta nueva generación eran movibles y porosos tanto como sus propios textos. Estaban en todas partes: México, Chile, La Habana, New York, Buenos Aires. Todos eran parte de una gran "familia" que hablaba una misma lengua, la del arte. Si en 1492, como dice Carlos Reyles, habían llegado de España las naves de los conquistadores, a finales del siglo XIX esas naves regresarían cargadas de oro y versos "joyantes" a la antigua metrópoli. Y a esta historia de ida y vuelta de las naves es a la que se refiere Alejandro Mejías-López en su libro *The Inverted Conquest*.

El libro lo conforman cuatro capítulos con varias subdivisiones. En el primero, titulado "The myth of European modernism," Mejías-López discute diferentes conceptos

a través de los cuales se ha definido la modernidad en América Latina y Europa. Entre de estas definiciones destacan las de Octavio Paz, Carlos Alonso, Julio Ramos, Matei Calinescu y Jürgen Habermas. En algunos casos, Mejías-López coincide con los postulados de ellos y en otros, pone en duda lugares comunes o 'los mitos' de esta crítica tradicional. A diferencia de Ramos o Alonso, por ejemplo, Mejías-López afirma que la situación económica y social de Hispanoamérica no era diferente a la de otros países o regiones como la misma España, o que sí existía una modernidad pujante en varias ciudades de finales del siglo XIX, como Buenos Aires la cual pasó por una transformación "violenta" (la palabra es de Ángel Ramas), cuando se incorporó a los mercados internacionales y atrajo millones de inmigrantes a sus costas. Conjuntamente con este corpus teórico, Mejías-López discute las ideas de Dussel, Spivak y otros críticos poscoloniales que luego le servirán para discutir la relación de poder de Hispanoamérica con los Estados Unidos y España. ¿Cómo se unen estos temas en un libro que lleva por título "inverted conquest"? A través del análisis de la recepción que tuvieron los modernistas en España y las polémicas que se suscitaron entre los escritores. Desde este punto de vista, *The Inverted Conquest* es una especie de arqueología de las relaciones, siempre tensas, entre la élite intelectual española y la Hispanoamérica, para lo cual Mejías López se sirve de lo postulado por Pierre Bourdieu sobre la "distinción social" o el "capital simbólico".

Una de las novedades de este ensayo por tanto, estriba justamente en la utilización de las ideas del crítico francés para analizar las relaciones entre escritores en el modernismo, la estética romántica y la del 98. Y si bien ya antes José Eduardo González había llamado la atención sobre lo útil que sería aplicar las ideas de Bourdieu al modernismo, el libro de Mejías-López es el primero en hacerlo y estructurar un argumento de inicio a fin basado en sus ideas. Esto explica por qué su ensayo no es tanto un análisis de los textos modernistas desde el punto de vista literario (técnicas narrativas, poéticas o tópicos al uso) sino una interpretación de lo que dijeron los modernistas sobre sus propios textos y los ajenos, y lo que dijeron los críticos españoles sobre sus colegas al otro lado del Atlántico. En tal sentido el análisis textual se concentra en desmontar los argumentos que da cada lado en esta pugna por el "capital simbólico" y cuando se habla de las obras en sí (como ocurre casi al final del libro cuando se discuten los textos de Martí, Reyes y Larreta) lo que se enfatiza son las tramas, el deseo de universalidad del texto y la defensa de una identidad hispanoamericana que después de 1898 estaba cada vez más cercana a la "madre patria" por el miedo que significó la influencia de los Estados Unidos en el Caribe.

No son por tanto las novelas, ni los cuentos ni la poesía las que cuentan esta historia de ida y vuelta de las naves, sino las cartas privadas, los prólogos y los ensayos de los escritores. Es a través de estos paratextos que el autor reconstruye la historia (otra de tantas posibles y ya contadas) de la llegada de la modernidad literaria a la Península y en esta historia, como es de esperarse, no falta la política que aunque para muchos críticos no fue la preocupación fundamental de Darío y otros escritores de su generación, sí es evidente que no pudieron escapar a ella porque los mismos conceptos de 'cosmopolitismo' 'modernidad' e 'Hispanoamérica' que manejaban estaban circunscritos a una serie de ideas, conceptos, incluso estigmas, y eran portadores de una fuerte carga de otredad que ninguno de estos escritores desconocía. No por gusto el rasgo principal del modernismo que se enfatiza en este libro es el del cosmopolitismo, que fue leído por Varela y otros escritores españoles como el polo opuesto del nacionalismo (cualquiera que haya sido en el caso de los escritores) y que en el hecho concreto de España remitía a la antigua (pre)potencia imperial. Esta crítica aparece en la acusación de 'galicismo mental' que le hacen al nicaragüense sus detractores de la Península, y aparece igualmente en la forma con que críticos como Clarín hablan de ellos. Para estar claros. Estas críticas no eran simplemente literarias. En muchos casos eran acusaciones racistas y homofóbicas, las dos bestias negras de la cultura finisecular, que se hacían desde el resguardo de la ideología de superioridad cultural del antiguo imperio. Ver por ejemplo el libro de Ignacio Zuleta (que inexplicablemente no se menciona en este libro) y que habla justamente de las críticas que en ambos sentidos le hicieron a los modernistas en España: *La polémica modernista: el modernismo de mar a mar 1898-1907*.

Desde el punto de vista argumental, por tanto, Mejías-López se apoya en una definición del modernismo que abarca por igual lo económico, lo político y lo literario. Como ya hemos dicho se apoya en el liberalismo de finales del siglo XIX o la violenta modernidad a la que se vieron abocados varios países de Hispanoamérica; las nuevas condiciones políticas en que vive el continente después que España perdió sus últimas colonias; la influencia de las ciencias sociales con su carga de racismo y por último, la universalidad en el arte y la literatura que forma el caballo de batalla –por así decirlo– de los hispanoamericanos porque, como dice Martí en su famoso ensayo, "Nuestra América," esa era la mejor forma de liberarse de la influencia específica de cualquier de estas escuelas. En esta cartografía del modernismo Mejías-López sigue por tanto a la crítica contemporánea que ha visto el modernismo supeditado a su época, (la tesis de Onís), aunque se distancia de ella por razones políticas que explica muy bien. Era una forma de insertarse España en la cronología de un movimiento que fue antes que

todo hispanoamericano. Este tipo de crítica a los presupuestos epistemológicos de los letrados peninsulares no es nueva. Argumentos similares se han esgrimido contra Guillermo Díaz Plaja, aun así, Mejías-López hace un buen trabajo al demostrar cómo estos diversos factores se unieron, se legitimaron o fueron rechazados en los textos modernistas.

Poniendo a un lado por tanto estos hallazgos creo que hay sin embargo otros aspectos de la modernidad en Hispanoamérica tan importantes como estos cuatro que he mencionado, que no se discuten en el libro y que sí jugaron un papel central en la recepción del modernismo en España. Mencionaré solamente dos, aunque la lista es mucho más extensa. El primero es el que se refiere a la “desacralización del mundo” de la que hablaron Octavio Paz, Gutiérrez Girardot, Habermas y muchos otros. Si nos referimos a la España de fines del siglo XIX y principios del XX, –donde el krausismo es un reflejo de esta crisis espiritual-, incluso si hablamos de la España de la Conquista (que se discute varias veces en este libro) entonces es imposible evitar el tema. El otro aspecto que me parece igualmente fundamental y que está ausente en este ensayo, es el que tiene que ver con la cuestión de género y las sexualidades desviadas de la norma –tal y como aparecía en los textos modernistas- que no por gusto le preocupó tanto a un escritor como Miguel de Unamuno, a quien dicho sea de paso, no solo no le gustaba el término modernista y tuvo comentarios francamente racistas en relación a Rubén Darío, sino que pensaba que a los modernistas había que mandarlos a la cárcel de Ceuta –como hicieron con Oscar Wilde- para que escribieran allí sus poemas. Léase si no su crónica “La balada de la Prisión de Reading” donde habla de Oscar Wilde.

Esta homofobia, mezclada con el racismo tan típico de los poderes imperiales y el desdén por quienes se declaraban ateos y profanaban los símbolos religiosos (otro rasgo típico del liberalismo finisecular) debieron discutirse en este libro. No obstante, entiendo que una historia de la recepción del modernismo en la Península que se proponga abarcar todos los aspectos polémicos, no puede ser el trabajo de un solo investigador sino el de muchos investigadores, colaborando en ambos continentes. Dado entonces la complejidad del asunto, creo que este es un buen libro para seguir desenredando los hilos de esa madeja que unían y desunían a los escritores de ambos lados del Atlántico. Como demuestra Mejías-López en su libro estas relaciones adquieren mayor claridad cuando son explicadas a través de las ideas de Bourdieu, pero no dejan de tomar en cuenta tampoco la política imperial de los EEUU y España, las ciencias sociales de la época, y la situación de economías dependientes de los mercados internacionales de los países hispanoamericanos.

¿Cómo lograron los modernistas sobreponerse a estas condiciones alienantes? Para explicar este punto Mejías-López discute varios textos de Martí, el famoso ensayo de Rodó, y las ideas de Reyles sobre la novela y España. Con excepción del texto de Reyles, los demás textos son bastante conocidos y han sido comentados por la crítica de un modo similar. Demuestran una vez más que los letrados hispanoamericanos rechazaron las ciencias que justificaban la superioridad de unas razas sobre otras, y que tanto el modernismo como la llamada Generación del 98, hay que verlos enfrascados en una pugna verbal y simbólica acotada por dos guerras. En dicha pugna cada grupo trata de imponer su propia estética, diferenciarse del otro y erigirse como la verdadera respuesta a la crisis que había instaurado la modernidad. Martí es el caso del letrado hispanoamericano que es a su vez cosmopolita y nacionalista. Amante de su tierra y cultor de la nueva estética literaria. Y aunque la posición de Martí en este libro es algo ambigua ya que su influencia en la Península se da más bien de una forma indirecta a través de la que ejerció sobre Rubén Darío, Mejías-López discute varias de sus obras: "Coney Island," su novela *Amistad funesta* (1885) y una crónica para niños que Martí publicó en la *Edad de oro*. El análisis de sus textos aparece mucho después de las discusiones que se suscitaron en torno al arribo del modernismo en España de ahí que incluso desde el punto de vista cronológico, su inclusión resulte algo extraña. No obstante, en términos generales coincido con Mejías-López en que Martí es ambas cosas, un crítico radical de la Conquista de América y un formidable oponente de la razón imperial de los Estados Unidos, en especial en sus últimos años. Discrepo, no obstante, en la forma en que Mejías-López lee *Amistad funesta*, ya que entre otras cosas afirma que al matar Lucía Jerez a Sol del Valle de un pistolazo al final de la historia, Martí realmente está describiendo la relación de Estados Unidos con Hispanoamérica, ya que "through the fictional world of romance, Martí imagines the final confrontation of two modernities, of North and South, the monster and the sublime demon, Caliban and Ariel. Lucía's final act signals what Darío would call 'el triunfo' de Calibán" (154). Quiero detenerme en esta interpretación por un momento ya que Mejías López no es el único que llega a esta conclusión cuando lee esta novela.

Para Mejías López, Lucía representa ese monstruo político que igual que el otro que menciona Martí en una de sus últimas cartas, define a los Estados Unidos como una amenaza para las repúblicas hispanoamericanas. La frase es conocida y se ha repetido muchas veces: "viví en el monstruo y le conozco las entrañas". Y es cierto que en la novela, Lucía es vista como una especie de monstruo que Ana (su hermana) quiere pintar en uno de sus cuadros. Pero este monstruo no es otro que el fantasma de

la mujer viril, celosa y casi neurótica que amenaza la estabilidad del hogar de la familia burguesa y que abunda en tantos textos de finales del siglo XIX. No es los Estados Unidos, ni representa la queja antiimperialista de Martí ante la otra "modernidad". Tampoco en las referencias que hace Martí a Lucía Jerez en esta novela aparece esta homologación, y no es que Martí no utilice imágenes de monstruos en varios lugares de su obra para referirse a lo abyecto y a los Estados Unidos. No. El problema es que no todas estas referencias tienen que ver con este país, algunos como en el caso de *Amistad funesta* se refieren únicamente a la mujer en la típica misoginia martiana de la que tanto se ha hablado. Pero de nuevo, este es un tema (la cuestión de género) que no se discute en el libro y por tanto la interpretación no logra dar la idea de lo que este tipo de representaciones significaban.

Pero aún si descontamos esta alegoría del arsenal martiano, Mejías López tiene razón en colocar a Martí frente a los EEUU, y junto con las repúblicas hispanoamericanas, víctimas del 'monstruo' racista, violador y agresivo y nunca, por supuesto, víctimas de ellas mismas ni de sus numerosos caudillos que se aprovecharon de las reformas liberales para entronizarse en el poder (Rufino Barrios en Guatemala, Porfirio Díaz en México, Zelaya en Nicaragua, para mencionar unos pocos). Después de todo, ésta es la visión imperante que se tiene de Martí e Hispanoamérica en la Academia norteamericana donde abunda el discurso de la victimización del Sur y se deja a un lado la complicidad de los letrados, los políticos hispanoamericanos e incluso sectores del mismo pueblo con estos dictadores. En general este es el tipo de crítica que enfatiza la intromisión de los EEUU en Hispanoamérica y que es común hallar entre los críticos poscoloniales. Por esto no voy a criticar a Mejías López. Pero sí voy a aclarar que no creo que su interpretación sea correcta cuando trata de Lucía Jerez, ni cuando afirma que Martí va en contra de la "linealidad hegeliana" y las "interpretaciones darwinianas" que enfatizan a finales del siglo XIX la sobrevivencia del más apto (136). A diferencia de lo que dice Mejías López en este libro, otros críticos de Martí han enfatizado justamente lo contrario y es una lástima que ya que este argumento es central en el libro Mejías López no lo discuta en profundidad. Es cierto sin embargo que Martí, en especial al final de su vida, fue más consciente de la carga de racismo que portaban las ciencias decimonónicas de su época y por eso trató de refutar estas ideas de diversas formas. Un ejemplo es justamente la crónica de la *Edad de oro* que discute Mejías López en este libro donde Martí mezcla la ciencia geológica con la etnografía sociocultural de su época y le infunde el humanismo que caracteriza muchos de sus textos. Irónicamente, para él, ese "desarrollo lineal" y ascendente de las civilizaciones que en diversos pensadores del siglo XIX tenía un fundamento racista,

era la mejor prueba de que los hispanoamericanos sí tenían un futuro asegurado junto al resto de las naciones. Para concluir por tanto, creo que poniendo a un lado las pequeñas objeciones que le he hecho al texto de Mejías-López, *The Inverted Conquest* es un libro que debe tomarse en cuenta a la hora de analizar las relaciones entre los escritores hispanoamericanos y los de la antigua metrópoli. Está escrito en un lenguaje muy asequible, franco y directo y aunque la bibliografía sobre el modernismo es bastante escasa y hay demasiadas citas de segunda mano, estoy seguro que puede servir de base para discusiones más amplias. Creo además que muchas de las objeciones que le pone Mejías-López a críticos como Julio Ramos, Carlos Alonso y Federico de Onís no son solamente válidas, sino también indispensables a la hora de reformular los marcos teóricos de lo que llamamos modernismo y modernidad en Hispanoamérica.